

## **LA CASA DE BERNARDA ALBA. EL ENFRENTAMIENTO ENTRE UNA MORAL AUTORITARIA Y EL DESEO DE LIBERTAD.**

Un duelo abre este drama y un duelo lo cierra. Con idénticas palabras manda Bernarda callar e impone a los suyos su estado de silencio y de luto. Con la muerte del marido, Antonio María Benavides, cierra a cal y canto la casa con las cinco hijas casaderas dentro, y con el suicidio de su hija menor, Adela, torna a hacer lo mismo al término de la obra. Entre tanto, se sucede un drama de mujeres jóvenes luchando por la supervivencia, que en ellas no ha de ser otra cosa que el matrimonio y la felicidad, y una madre inflexible, de corazón endurecido, casi inhumana que pretende mantener a raya todas las pasiones y los deseos de sus cinco hijas, encerradas en una suerte de cárcel, la casa de la que no pueden salir por razón del luto y la vida de solteras envejeciendo paulatinamente que parece depararles el futuro como único destino.

Federico García Lorca combina la intensidad de la poesía, la verdad de la psicología y el conocimiento de las costumbres de un pueblo de la España más tradicional para concebir una obra en la que la mera anécdota trasciende hasta el ámbito universal de la condición humana.

La represión que Bernarda impone sobre sus hijas para preservarlas de la maledicencia y de las habladurías, las condena a todas a permanecer durante unos años encerradas en vida en una casa que se convierte de este modo en la cárcel de la juventud y de los deseos.

Sólo un acontecimiento romperá momentáneamente este estado de cosas. El cortejo de Pepe el Romano a Angustias, la mayor de las hermanas, la más rica, pues su fortuna procede del primer marido de Bernarda, pero también la menos favorecida físicamente desestabiliza y prende la mecha de una contienda que ha de mantenerse durante toda la obra, centrada sobre todo en tres puntos de apoyo, en Angustias que recibe al mozo en la ventana cada noche como es preceptivo y con el consentimiento de su madre, en Adela, la más joven e impulsiva, que sufre con mayor rigor el presidio de la casa y la amargura de la soledad, y que empujada por la pasión se entromete entra su hermana y Pepe el Romano, al que recibe en su propia ventana cuando éste termina de hablar con Angustias. Y en Bernarda, al fin, que debe mantener el orden de la casa, pese a las muchas disensiones, revuelos y envidias que ha despertado la llegada del hombre, su cercanía cada noche.

De un modo paulatino, la acción se complica y sube la temperatura del drama, pues una de las hermanas, Martirio, intenta convencer a Adela para que deje en paz al novio de Angustias. La casa es una suerte de olla a presión en la que se cuecen los deseos postergados más íntimos de las muchachas que tras ese periodo de luto tan largo que ha impuesto la madre, difícilmente encontrarán novio para casarse, y de las más jóvenes, como Adela, que se hallan en el momento culminante de una juventud poderosa a la que no quieren renunciar.

La rebeldía de Adela es el emblema de un anhelo de libertad que Bernarda ha pretendido destruir desde el primer acto. La moral gazmoña y retras-

ada de un pueblo hipócrita lo representa a la perfección Bernarda, su implacable actitud con respecto a los suyos, para que nadie pueda decir nada de ellas. Por eso en un momento dado afirma: *Es así como se tiene que hablar en este maldito pueblo sin río, pueblo de pozos, donde siempre se bebe el agua con el miedo de que esté envenenada.* Ese pueblo no tiene nombre, porque no pretende ubicación. Es el pueblo de todos, es la España del momento o es sencillamente el corazón humano. Bernarda levanta un fortín en mitad de ese pueblo para preservar a sus hijas y a ella misma del mal que representan los otros, sin darse cuenta de que el mal está dentro como un cáncer, pues es ella misma quien lo encarna.

Finalmente, Adela se encara con su madre y, desesperada, lo cuenta todo. Bernarda coge la escopeta, como un hombre que ha de lavar su honra y sale a la calle a matar a Pepe el Romano, el hombre que ha revuelto el gallinero y ha mancillado presuntamente la honra de la más joven de las hijas. Se oyen los disparos, y todos piensan que el hombre ha muerto. Es el momento culminante, pues Adela ya no encuentra razón para seguir y corre hacia su cuarto donde la encuentran sus hermanas y su madre colgada. En realidad, Pepe el Romano no ha muerto y ha logrado escapar. El drama se cierra casi como se ha abierto, mientras Bernarda Alba vuelve a imponer silencio. No sin asegurar antes, como una enseña de la casa y de la familia, más importante incluso que el suicidio de una de sus hijas, que Adela ha muerto virgen.

Pascual García